CENIZAS

M. Valentina

Nunca he sido de abrazos.
No sé bien qué hacer con los brazos,
cuánto apretar, cuándo soltar.
Siempre me ha parecido un gesto demasiado cercano,
demasiado invasivo, demasiado todo.

Pero hoy, esta noche,
esta madrugada pasó algo raro.

De repente estaba ahí,
envuelta en un abrazo que no tenía prisa.
Largo, cómodo, como si el tiempo
se hubiera olvidado de nosotros.
Y en vez de sentirme atrapada, sentí alivio.
Como si ese espacio entre sus brazos no apretara,
sino que soltara.

Fue raro.
Raro en el mejor de los sentidos.

Raro como cuando descubres que
una palabra que nunca te gustó suena bien en otra boca.
Como cuando la lluvia te pilla
sin paraguas y, en vez de correr,
te quedas ahí, dejando que te empape.

Nunca he sido de abrazos.

Pero hoy, por primera vez, no quería soltar.

Perdón por la forma
en la que mis ojos brillaron
cada vez que me dijiste algo lindo,
como pidiendo, por favor
que me nombraras
y me repitieras
lo bueno que veías en mí.

Perdón si no supe callarme
cuando encontré algo
que me hacía sentir viva.

Y perdón si siempre pido perdón,
es que todavía estoy aprendiendo
a ser yo misma
sin esta sensación culposa
de estar haciendo algo mal
por ser como soy.

Si mi corazón sigue latiendo,
es porque no me gustan los finales,
antes de que termine una canción que me gusta
siempre la vuelvo a poner.
Nunca pude terminar mi saga
de libros favorita.
No sé decir la palabra que empieza con a
y termina con dios (¿tal vez porque soy atea?).
Quizá es porque me gusta
que todo siga vivo en mis entrañas
cono un mundo en el que existe el fuego
y no el agua.
Me gustaría romper todos los calendarios,
sacarnos este peso de encima
de tener que cumplir con doce meses
llegando a su fin.
Convertir todo ese papel en árboles,
toda esta angustia en risas,
todo ese invento del tiempo
en algo que nos haga correr menos
y disfrutar más.
No me gusta marcar los números
de tu teléfono.
Los botones se empequeñecen
hasta desvanecerse.
Tiemblo del miedo que me da necesitarte,

querer escuchar tu voz
que me cante un infinito “te echo de menos”,
hasta fundirnos de nuevo en un abrazo.
Me gusta creer que aún te abrazo,
con mis brazos torpes,
que te abrazo
con lo más fuerte de mi alma,
que mis manos
forman un cuenco
para que llores ahí,
y te hagas pequeño,
hasta que ya nada
te lastime de nuevo.

Yo no debería estar acá,
a las tres de la mañana, en mi cama,
con pañuelos usados por todas partes,
sucios de esta tristeza
que sabe mancharlo todo.
No debería estar preguntándome
si el martes, por decir un día,
cuando vaya por la calle, y pase por el lado de alguien
que use un perfume parecido al tuyo
¿no se me caerá encima
este vacío que dejaste?
Porque hay esos días,
en que te busco en la sombra de otros,
en los ruidos que hace la ciudad,
en las palabras que alguna vez me dijiste
como si fueran certezas.
Yo debería estar contigo,
en alguna esquina de nuestra historia,
escuchando el sonidito que hacías
cuando pensabas que algo andaba mal,
pidiéndote, por favor, que no lo hagas,
abriendo paso a tu risa,
que sabe calmarlo todo.
Debería estar tocando tu pelo,
sintiendo el peso de tu cuerpo
sobre el mío

(la única carga que quiero llevar).

Debería estar desarmándome

bajo tus manos,

dejando que tu boca

me detenga el corazón

por un instante.

Pero en cambio, estoy acá,

repasando cada palabra,

esa despedida

en la que debí haberte abrazado más fuerte,

más tiempo.

Aún con esta furia que me quema,

porque no me quieres encontrar,

aunque yo quiero que me encuentres,

lucho por no olvidarte,

por no dejar que tu ausencia,

se vuelva un hueco más.

No debería estar acá,

pero aquí estoy,

con este peso en las palmas de mis manos,

las mismas que sostuvieron las tuyas,

las mismas que aún te buscan.

Duele que no entiendas,

que mi cuerpo no se ha cansado de querer,

de quererte.

Que todavía te escribo,

como si pudiera traerte de vuelta
a través de las palabras.
Yo no debería estar acá,
escribiéndote todo esto.
Debería estar contigo,
o al menos sin este miedo
de que nunca más podré
desear estar con alguien
como deseo estar contigo.

Y al final,

valió la pena

si alguna vez,

aunque fuera una,

justo antes de dormir

pensaste en mi cara

cuando te miraba con amor.

Me causas náuseas emocionales

de tantas

vueltas

que das

en mí

sin

parar.

Eres un huracán.

Siento tantas cosas hoy.

Me mareo de sentirte cerca, y luego

lejos, lejísimos.

Pero está bien…

¿Sabes el milagro que es que,

coincidiéramos en este mismo tiempo?

En este instante infinito,

caben mil posibilidades

y tú y yo estamos

o estuvimos aquí.

Y te pude mirar a los ojos.

Pude ver tu sonrisa,

y cómo se te arrugan las cejas

cuando algo te llega al corazón.

Y eso es suficiente.

Valió toda la pena.

Cerca o lejos.

Lago que susurra,

volcán que guarda esta historia,

aire de sur.

Nadie te prepara para el silencio que viene después.
Para la forma en que el mundo sigue igual,
mientras por dentro todo cambia.
Para el peso de una decisión que es tuya,
y al mismo tiempo, no lo es del todo.

No hubo duda, pero sí miedo.
Mucho miedo.
Hubo un vacío extraño,
como si algo se hubiera quedado
suspendido en el aire,
en el cuerpo, en la memoria.

No fue un castigo,
no fue egoísmo ni cobardía.
Fue un acto de amor.
Un acto de cuidado.
Un acto para seguir adelante,
cuando quedarse no era opción.

Y aunque el mundo insista en sus juicios,
en sus discursos de otros tiempos,
aquí sigo.
De pie, aunque tambaleando.

¿Me bastará todo este otoño
para dejarte caer?

Me pregunto si
bastarán las tardes doradas,
las noches frías,
el crujir de la tierra
bajo mis pies cansados.

Me pregunto si,
al final del otoño
cuando el último árbol quede desnudo,
¿también mi pecho
se habrá vaciado de ti?

La única certeza que tengo hoy
es que algún día,
no sé cuándo,
me voy a despertar con el alma tan cansada
y el pecho tan lleno de silencio,
que voy a decidir, al fin,
no seguir aquí.
No por cobardía,
no por falta de amor,
no por drama.
Sino porque vivir duele,
más de lo que yo puedo sostener en los huesos.

Porque hay batallas que nadie ve
y días donde mi sombra pesa más que mi cuerpo.
No tengo fecha,
no tengo plan,
sólo sé que cuando llegue ese día
voy a saberlo sin dudas.
Como una certeza limpia,
como quien, por fin, suelta una piedra
que llevaba tiempo apretando en la mano.
Y si alguien lee esto,
que sepa que no es culpa de nadie,
o tal vez sí.
Pero buscar culpables es fútil,

porque a veces simplemente pasa

que hay cuerpos que no se acostumbran al mundo

y corazones que no encuentran casa.

Distopía es

venir de visita a la ciudad

donde íbamos a vivir juntos.

Ahora camino sola,

y tú, ya no existes.

Me gustaría estar menos maquillada
ver la suave y violácea,
casi lila curva de mis ojeras.
Entenderla,
hundirme en ella.
Me gustaría mostrarte
una mirada que no es esta.
Onduladas mis pestañas,
fabricada, perfeccionada
casi hasta el cansancio.
Me gustaría verte
con otra mirada.
Mejor dicho,
sin estas líneas negras que me hago
cuando quiero sentirme linda,
quizá hasta feroz,
como si no hubiera lugar para el miedo
en lo hondo de mi pupila,
en el marrón común,
casi aburrido de mis ojos.
Me gustaría que vieras
la marca desnuda
de mis lágrimas,
que contemples el trazo
de la tristeza que **tú** provocaste,
que veas mis ojos

en su estado natural,
hasta puro.
Me gustaría estar menos maquillada
limpiarme la cara por completo,
que en lo blanco de mi piel
veas tu reflejo
y sepas que
eres hermoso y doloroso
casi en partes iguales.
Que sepas que tengo
los labios pálidos,
nunca así de rosados,
como si estuviera esperando
eternamente tu beso.
Quiero que entiendas
el color natural de mis mejillas sonrojadas
que sepas que no hay ternura
sin tu abrazo.
Que si soy suave,
es sólo porque estoy recordándote,
que si me reseco
es porque no te interesa
que llegue a tu puerta
con una sonrisa,
que me lance a tus brazos
despeinada.

No hago preguntas,

porque no las necesito,

es un deseo que me

toma desprevenida:

estar menos maquillada,

para que veas la consecuencia

de tu desamor,

para que no te engañe la belleza,

para que sepas que detrás,

debajo

y casi en la superficie

a punto de rebalsar

hay tristeza

y es por ti.

Cenizas

Te fuiste

sin romper nada.

Ni el vaso
ni la voz
ni la puerta.

Me dejaste

con el amor desbordando

como leche tibia

olvidada en la cocina.

Yo no supe

dónde volcarlo.

Lo bebí.

Me atraganté.

Me dolió el estómago

por semanas.

Quedó también

el cuerpo

ese otro silencio

hablándome en un idioma nuevo.

Un idioma

que aprendí

sola.

Entre toallas,

papeles,

y la idea absurda

de que ibas a volver
a explicarlo todo
mirándome a los ojos.
No volviste.
Y las cenizas
siguen aquí.
En el fondo de una taza,
en una ecografía doblada,
en una canción
que todavía no puedo escuchar.
No hay fuego.
No hay grito.
Sólo esto:
haber querido tanto,
sin testigos.